

¡Hola patos!

Mi despertador suena a las 5:40 como cada día. ¡No, no es justo! ¡Es agosto, todo el mundo está de vacaciones! Inmediatamente me arrepiento de mis pensamientos. Estoy muy agradecida por estar trabajando. Y con mi ánimo mas elevado, pienso en que ahora se inicia mi paseo hasta mi trabajo. ¡Eso me anima aun más! Salgo de casa cuando aun es de noche. Un frescor agradable me da los buenos días. Contemplo las estrellas. El autobús llega y yo ya estoy sacando mi libro del bolso. Tengo casi una hora para dedicarle a mi entretenimiento favorito: leer.

El chófer me mira sonriente.

– ¿No te mareas leyendo aquí? Yo no podría

No, no me mareo. Es tal mi ansia y tan poco el tiempo del que dispongo que este rato es un regalo para mi.

Antes venia en mi coche. Sí, tardaba un poco menos, pero no me compensaba. Atascos, tensión, ¿qué será ese ruido del motor? ¡Cuanto ha subido la gasolina! Ahora disfruto de mis 45 minutos de lectura.

Y ahí no acaba lo bueno, en realidad no ha hecho mas que empezar.

A bajar del autobús voy en busca de la bicicleta. Una sonrisa se va dibujando en mi rostro. ¡Voy disfrutando de antemano!

Salgo de la estación feliz, sintiéndome niña otra vez. Recordando mi infancia, las excursiones con los amigos a algún campo junto al pueblo que a nosotros nos parecía el fin del mundo.

Me dirijo a la calle Radio. El carril bici pasa bajo unos arboles que unen sus ramas formando un pasadizo, que a mi se me antoja la entrada a otro mundo, a mi mundo de percepciones.

Voy por el carril que va junto al río. Los patos que han salido del agua y picotean en el césped parece que me estén esperando. Me entran ganas de parar y gritar: ¡Hola patos! Pero se impone el sentido común y sigo mi camino, dando los buenos días muy bajitos a las palomas que vienen a saludarme.

Llego al carril bici de madera, *tacatá tacatá*. Me gusta el sonido que hace la bici al pasar. Me gusta ver el agua, la vegetación, los edificios, las personas...

Poco a poco, por entre los arboles va surgiendo la imagen severa de la Torre del Oro. Pienso en cuanto tiempo lleva allí, impasible, contemplando el río siempre nuevo y siempre cambiante. Junto a la torre, un grupo de adelfas en flor me acompañan en mi subida de la pequeña cuesta. Sus ramas mecidas por el viento, parece que me animan: ¡Vamos tú puedes!

Estoy llegando a mi destino. Aparco la bici junto al edificio Coliseo y al girarme me recibe la majestuosidad de la catedral.

¡Me encanta Sevilla! Es un privilegio recorrer sus calles cada día.

Y pienso que mañana volveré a protestar cuando suene el despertador, pero también sé que me animaré de inmediato, recordando mi rato de lectura, mis patos, mi Torre del Oro, mis adelfas en flor.

Viajera